



CAPÍTULO VII

DE LOS NO ESPERADOS SUCESOS QUE PUSO EN MEMORIA UN EXTRAÑO Y CENTENARIO PERSONAJE

Enzarzados en esta conversación estaban, cuando llegó a sus oídos una atiplada voz llamando estridentemente desde lejos:

—¡Rutenio, Rutenio! ¿Dónde estás?

—¡Aquí, a la orilla del riachuelo! —respondió el pastor.

—¿De quién se trata? —interrogó el doncel vandálico.

—Es el brujo del lugar —contestó el cabrero—. El anciano Litio: bonazo manso hecho a la buena boya, quien sin embargo de que está con un ple en la huesa por los muchos años que tiene, dicen que no pasa día por él y dicen bien, pues cualquiera se echaría a discurrir que está cortado en buena luna con ser así que los desmanes del tiempo tragador y de la arañadora vejez no parecen haber hecho mella en su cuerpo, tal es su salud y agilidad. Es carta vieja que sabe al dedillo todos los rincones del lugar y linajes, y, aunque tiene sesos de cascabel por su poco asiento, liviano y ligero de cascos, sería cargo de conciencia hacerle mal alguno a este inocente que no es ni para dar migas a un gato.

—Nunca hubo ocasión de tropezármelo en el camino —dijo el doncel con visible extrañeza, causándole no menos al pastor el que su amigo no tuviera noticias del popular personaje, pues que respondió:

—Cosa rara pareceme, señor, que no le hayáis echado nunca la vista encima, supuesto que este bondadoso anciano tiene la propiedad de hallarse en todas partes, en virtud de que a cada ráfaga de aire entra en el número de las cosas movibles, como veleta o cual pluma al viento.

—¡Por imposible, no puedo dar crédito a lo que dices. Rutenio! —contestó escéptico el mancebo de Vandalia—. ¿No será tal dislate una de tus pesadas burlas, dicha con la malsana intención de tomarme por vía de entretenimiento al quererme hacer venir a la melena tan grande milagro?

—¡Es natural que ello os huela a milagroso, buen amigo mío! —respondió con seriedad el pastor—. Con todo, podéis aseguradamente afirmar que, contra mi costumbre, esta vez manifiesto lo que tengo en el pecho como si fuera en confesión, por ser la pura verdad.

—¡Difícil te será hacer crevente arguyendo y apretándome con tus razones a lo que es ajeno de toda credibilidad! —continuó el joven noble—. ¿Cómo quieres que dé por buena tan burda patraña? ¿Es que pones tu intento y pretensión en que comulgue con rueda de molino al verter el despropósito de que a ese anciano le viene de suyo la virtud de hallarse a un mismo tiempo en todas partes como Dios?

—¡Yo no he dicho tanto seor! —replicó secamente Rutenio—. Ni es mi pretensión tomaros por vía de entretenimiento, como habéis dicho. Si está vuesa merced atento, lo apeará como es en un dácame allá esas pajas. El simpático viejecito de quien os hablo es tan sumamente leve y enjuto que no pienso desacertármelos en afirmar sin temor a engaño que no se halla en todo el orbe algún otro cuerpo, ya sea o no humano, que le eche el pie adelante en ligereza, llegando a tal punto su escaso peso que no ha menester más que leve ráfaga de aire para verlo cruzar el espacio cual si fuese pelota de viento, si es que antes no tuvo a prevención hallar nido seguro bajo techado o quedar arrendado a un árbol.

"Por llevar tras sí las voluntades, es muy estimado en toda esta comarca. A más de su afable trato, facilidad de palabra y conocimientos en toda clase de plantas, posee la facultad cronística de dar cuenta de ve a pa de cuanto acaeciera en el lugar hace mil años, así como la rara habilidad de cortar el nudo de los maleficios y reducir a templanza con sus yerbas toda clase de dolencias, ofreciendo a todos salud, vida y remedio para sus males, tanto corporales como espirituales, por lo que es conocido por todos como 'el duendecillo Litio'".

Iba a refutarle el doncel, poniendo en tela de juicio lo oído, por creer imposible de toda imposibilidad tal aseveración, cuando exclamó todo alborzado Rutenio:

—¡Hétele donde sale! ¡En mentando al ruin de Roma, luego asoma!

Poniendo los ojos entonces el mancebo Palatino en algo insospechado que echó por el suelo al punto sus dudas, por ser así que, apareciéndose como San Telmo en la gavia, dando inverosímiles y gigantescas zancadas de más de diez varas cada una, pues en un tranco alcanzaba más tierra que otro en tres o cuatro, por lo que pudiera atenerse a correr con un caballo, cual si le fuere natural el poseer alas invisibles o estuviese suspendido del espacio por un elástico, llegó hasta ellos jadeando y reventando el anciano de referencia, todo sudoroso y dando grandes muestras de viva inquietud, que no parecía sino un cabrito retozador diligente.

Como había anunciado en pocas palabras el pastor Rutenio, era éste un ancianito avellanado, sumamente entrecijuto, tan flaco y apergaminado que no parecía estar hecho sino de carne momia y de raíces de árboles, y no tener más que pellejo, por lo que pasaríanle con una aguja. Estaba tan encogido que no era sino la viva representación de un galgo con calambre; de ojos vivarachos y semejantes a los de la ardilla, su barba canosa y amarillenta era tan poblada que cualquiera pensaría ser la parte del cuerpo que más le pesaba.

A fe que no daba señales de estar sujeto al juicio de las leyes de la gravedad; tal era la rapidez con que, al menor esfuerzo, permanecían sus pies alzados del suelo por largo y prolongado lapso de tiempo, no obstante y llevar a cuestras un zurrón con infinidad de yerbajos y otros perendengues.

—¿Cuál diablo le trajo por aqueste barrio? ¿Cómo os va, buen Litio? —preguntóle cariñosamente Rutenio, contestando el anciano con atiplada vocecilla.

—¡Psch! ¡Así, así,! ¡Acá tropezando y allá cayendo, vamos viviendo!

—¿Y qué os pasa que venís tan excitado? —volvió a preguntar el cabrero, respondiendo el anciano todo compungido con voz grave y sonora y poniendo los ojos en el pastor:

—¡Ay, Rutenio amigo! ¡A las entrañas me llega esta pena de tener que levantar cantera moviendo causa de pesadumbre, por serte esta vez, contra mi deseo, paraninfo de malas noticias, y, aunque vine a todo galope y apresuradamente con esta única mira, no me siento ahora con ánimos para darte la infausta nueva!

—¡Bah! —contestó incrédulo Rutenio, pues, aunque, le causó extrañeza en un principio la inusitada manera de dar a entender el anciano su disgusto, lo echó a broma por no tener nada ni a nadie a quien perder, y siguió—: No ha razón para levantar baraja de tan pequeño principio como debe de ser el motivo porque me ha inquietado vuestra merced, señor Litio.

Mas, como quiera que se entregase el herbolario a velas llenas a sus lamentaciones, dando vivas muestras de cuán a su pesar iba a engendrar y acarrear pena y dolor al cabrero, pues no acertaba a decir el caso con el demasiado miedo, y con todo y ser así que el doncel Palatino le escu-

chaba a la manera que se suele prestar oídos a un charlatán que habla por los codos y en cambio es vacío de mollera, con la mira puesta en que no llevara la palabra adelante cargando sobre su amigo otro incomparable montón de penalidades, exclamó atravesándosele de por medio:

—¡Echallo de una vez, buen hombre, y no os andéis por las ramas! Abrevie la relación y toque lo principal del asunto sin librar el negocio para otro tiempo. Ya pasó vuesarced de barbas a canas y no os es propio que toméis tales veredas y vericuetos, saliéndoos del camino real. Por otra parte, no habéis menester, anciano, captar benevolencia ni buscar preámbulos, sino salir a decir lo que sea sin rodeos y a la llana, por ser lo que hace ahora más al caso.

Movido el vetusto Litio por la severidad que veía pintada a lo vivo en el semblante de aquel doncel a quien desconocía, respondió:

—Diré al pie de la letra, mío seor, cuanto ha ocurrido, sin hacer relación detenida del hecho, y contándolo sucintamente, sin apremio alguno, aunque no quisiera, por tener como seguro que mis palabras le han de amargar el caldo a vuestro amigo Rutenio.

—¡Pues sí que recibe usía gusto al levantar polvareda! —gruñó ya malhumorado y en ascuas el pastor—. ¡Es de ver la barahunda que mete por cualquier cosa! ¡Descubra su corazón de una vez!

Iba a pasar adelante con sus remilgos el anciano herbolario; usando de mil rodeos de palabras, mas, al echar de ver la impaciencia con que eran aguardadas sus noticias, entró de rondón en el asunto diciendo:

—¡Ahí va, pues, cochite hervite! El caso dello es que no hace escasamente, una hora me hallaba recorriendo el lugar, como tengo por costumbre, ofreciendo mis yerbas curalotodo, cuando mis ojos, a los que muy pocas cosas se le ocultan, echaron la vista encima a dos misteriosos y extraños personajes a los que no vide nunca antes por estos lugares, quienes no parecían sino andar a escuchagallo y ocultándose a sombra de tejados.

”No sé por qué el corazón me lo dió, que muy aviesas intenciones los guiaban, aunque más tarde quedé convencido por sus turbados ceños y desasosiego, de que eran sin duda algunos precitos desalmados y que allí los conducían perversos designios.

”Movido por mi ávida curiosidad, dime, como es de suponer, mucha prisa por ver qué era ello, siguiéndoles los pasos cautelosamente, hasta que salieron del poblado caminando la vuelta de la granja donde reside la pastora Aurea.

Al abrir los oídos a las últimas palabras del anciano, dióle un vuelco el corazón al doncel Palatino y se puso amarillo como la cera, mas, yéndosele el alma por llegar a conocimiento de todo ello, y, aunque ya entrando en vehemente sospecha del final del relato que haría el noble anciano, estuvo quedo, en silencio, dándole pie para seguir adelante con el hilo de su cuento.

—Llegados a ella —continuó el anciano— y ocultos tras unos matorrales, permanecieron algún tiempo mirando como por celosías y por resquicios, cómo aquesta bella niña tomaba algún gusto y recreación en ir cogiendo margaritas con las que hacía un hermoso ramillete.

"No es para dicho cómo helóseme el alma al ser testigo de tan sospechoso proceder.

"Poniendo en uso práctico mis facultades, de un gigantesco salto me encaramé sin ser notado precisamente en la copa del árbol so la que estaban guarecidos los malhechores, bandidos, raptores o llámese ahaque, que el nombre no viene al caso, con lo que vine a ir entendiendo y acabé de echar de ver el juego que traían entre manos.

"No siendo advertida mi presencia merced a las sombras que ya extendíanse sobre el poblado, pude abrir los oídos perfectamente a la conversación que mantenían, de la que saqué en consecuencia que se trataba ni más ni menos que de los dos bellacotes, deshonorabuenos, Neter y Cesio: dos tan conocidos malhechores del linaje humano, procedentes del Averno o de otro terrorífico lugar; gente sin ley ni Dios, sin alma ni conciencia, innobles forajidos de mala ralea que se oponen, fundando sus atrevidas maldades en su libertad y fuerza, de punta en blanco al amor de los mortales, cómense las manos tras sembrar pesares y discordias por doquiera que pasan, y hartan con la sangre y muerte de hombres extraños su insaciable crueldad: maldades que destilan del alambique de sus perversos corazones, y quienes, atraídos por el reclamo, la fama y belleza de la simpár Aurea, por la codicia con que es solicitada por miles de caballeros, se conchababan entre sí y hacían monopodios, liga y conjuración para raptarla como así lo hicieron seguidamente, dando de repente sobre la infeliz cuando estaba como en éxtasis y arrobada de puro buena, entonando entre sentidísimos suspiros una cancioncilla con la que abría la boca a mil lástimas por la ausencia de un tal Palatino, su amante.

"Sin perder ripio, atapáronle la boca para ponerse por delante a que acudiera en tal momento persona alguna en su socorro. Subióla Neter sobre su corcel, al que llamaba Cloro, y, asegurados con la penumbra del crepúsculo, y seguidos con punta de cuatro o cinco privados que les guardaban las espaldas, emprendieron la huida, escapando a uña de caballo por la fragata de los montes hacia el norte, con tan veloz carrera, que a la hora de ahora ya deben de haber traspasado los Pirineos.